Pellicer: el poeta de las voces todas

Lorena Paz Valderrábano Bernal

¡Las palabras!
¡Los tropeles pueriles
sobre el espejo de la imagen!

Las palabras vagabundas
en la mala suerte de mi sonrisa.
Y el sueño resucitado en plena tarde
junto a las maquinarias y las ruinas.
Y hablarte con la voz con que hablo al viento
y a la sombra.

("Fragmentos", 1929)

El centenario del nacimiento de Carlos Pellicer motiva diferentes actividades que, en el transcurso del año, colocarán su obra poética en la mesa de las discusiones.

Partícipe de Contemporáneos, Pellicer no ha escapado de las etiquetas y los encajonamientos atribuidos a ese "grupo sin grupo"; retomar su poesía implica, en consecuencia, el riesgo de repetir categorizaciones como la del "poeta del paisaje y del color", el poeta como "ayudante de cámara del Sol"; puede parecer un afán oficialista de la homenajitis y los reconocimientos de inmortalidad. Pero también significa un acercamiento al placer de la lectura, de la coincidencia y de la renovación vital.

Escritores de diferentes épocas y lugares han asentado que el poético es un acto íntimo y solitario, de obligada complicidad entre el papel y el poeta; de la misma manera, la lectura exige su propia intimidad, su tiempo y su lugar. El pretexto es lo de menos, lo importante es llegar al texto literario.

Explorar las páginas de Pellicer abre un mundo de posibilidades dada la prolífica producción literaria que inicia en 1911 y termina sólo con la muerte.

Revisar el trayecto poético pelliceriano introduce al lector en un abanico temático que va de los elementos fundamentales: agua, aire, tierra y fuego hasta la devoción mariana que busca refugio. Se ha repetido con insistencia que Pellicer es el poeta del color, del trópico, del paisaje y de la geografía americanos y es verdad, pero a medias, porque la vena literaria de este autor también comprende aspectos tanto de la vida cotidiana como los tópicos más importantes del ser humano, inquietudes de toda la vida que atisban, calladamente, en preguntas, dudas y súplicas.

A poco de buscar, encontramos, por una parte, textos que en su sencillez esconden la compleja trama de la construcción poética y denotan el placer por la palabra que, sumada a las "cosas sencillas y sagradas", expresan los ritmos de la naturaleza y de la vida:

Tan bajas están las nubes
que es la oportunidad
de conocer a los ángeles.

Primero por la pradera,
por la cañada,
y otra vez por la pradera.

Lorena Paz Valderrábano Bernal. Licenciada en Letras Españolas. Realizó estudios de maestría en Literatura Mexicana en la UNAM. Fue profesora huésped de la Universidad Estatal de Viena. Ha incursionado en el periodismo cultural.

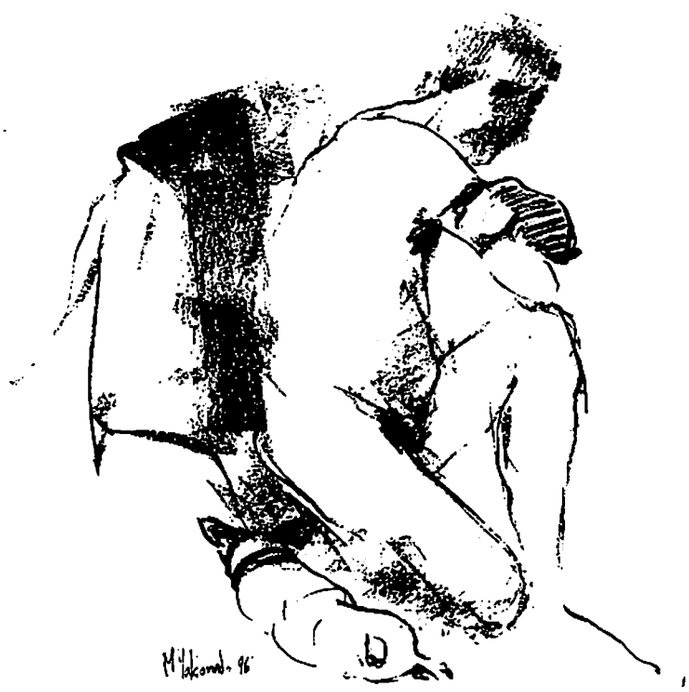
Praderas verdes de junio
en que junio sale a ver
lo que se dice de junio.

Desde las lomas, las lomas
parecen sólo praderas
para llegar a las lomas.
[...]
("Estrofas de campo y lluvia", 1937)

El reconocimiento a los personajes históricos de América dejan ver la estima y admiración de un poeta preocupado por el acontecer de su tierra, y alimentado por la esperanza del actuar heroico que las primeras décadas de nuestro siglo alimentaron en aras de la consolidación de la llamada América nuestra.

Entre el rumor de América,
en el cenit de sus voces gigantes,
cerca de Bolívar,
cerca de Sucre,
cerca de Morelos,
junto al cielo a galope de Martí,
hay un hombre a caballo, tragado por la selva.

Vivió diez años en medio de su pueblo;
murió treinta años a causa de su pueblo.
Ya es una estatua con luz propia.
¿Su dolor es más grande que su gloria?
Hoy he salido a los cielos de América
en busca de alimento,
y he recibido el hambriento pan de las palabras mejores



y un hondamente sólido vaso de silencio.
Es la historia de alguien que dejó el hambre
[de la buena casa
por el banquete de la miseria del pueblo.
Decir su nombre es promover la aurora
entre envidia y traición, de tal manera,
que aquel buen sol ennegreció tan pronto
que nadie caminó sin que cayera.
[...]
("Fecunda elegía", 1949)

Sin embargo, encontramos una dimensión más humana que mítica, se trata del hombre que ejecuta actos heroicos no por la gloria, sino por su pueblo, por los hombres.

El amor, por su parte, en la voz de un poeta, es componente insoslayable y Pellicer no es excepción; el tono del amor pelliceriano evoca la promesa y la ausencia de una relación que, si bien es de "otro modo", es, al fin y al cabo, amor que edifica los necesarios vínculos entre el dolor, el abandono, la entrega, la correspondencia y el gozo por el ser amado:

Tú eres más que mis ojos porque ves
lo que en mis ojos llevo de tu vida.
Y así camino ciego de mí mismo
iluminado por mis ojos que arden
con el fuego de ti.

Tú eres más que mi oído porque
[escuchas
lo que en mi oído llevo de tu voz.
Y así camino sordo de mí mismo
lleno de las ternuras de tu acento.
¡La sola voz de ti!

Tú eres más que mi olfato porque
[hueles
lo que mi olfato lleva de tu olor.
Y así voy ignorando el propio aroma,
emanando tus ámbitos perfumes,
pronto huerto de ti.

Tú eres más que mi lengua porque
[gustas
lo que en mi lengua llevo de ti sólo,
y así voy insensible a mis sabores
saboreando el deleite de los tuyos,
sólo sabor de ti.

Tú eres más que mi tacto porque en mí
tu caricia acaricias y desbordas.
Y así toco en mi cuerpo la delicia
de tus manos quemadas por las mías.
[...]

(*Recinto*, 1941)

A la sensualidad amorosa corresponde también su paradoja: la soledad, la añoranza, la ausencia y los minutos solos de la fecundidad poética; el verso como refugio y fortaleza.

Vuelvo a ti, soledad, agua vacía,
agua de mis imágenes, tan muerta,
nube de mis palabras, tan desierta,
noche de la indecible poesía.
[...]
Yo saqué de mi voz la limpia rosa,
única rosa eterna del momento.
No la tomó el amor, la llevó el viento
y el alma inútilmente fue gozosa.
[...]
Yo pasaré la noche junto al cielo
para escoger la nube, la primera
nube que salga del sueño, del cielo,

del mar, del pensamiento, de la hora,
de la única hora que me espera.
¡Nube de mis palabras, protectora!

("Horas de junio", 1937)

Pellicer descubrió en cada hecho de la vida cotidiana la razón suficiente para escribir versos: obsequios a los amigos, agradecimientos por un regalo, la conmoción provocada por un cuadro, la muerte de un poeta, la alusión constante a sus viajes, de Palestina a Chipre, de Curazao a Tlalpujahua, del continente a la isla, del interior del alma al roce con los otros, el recorrido por los campos de cada tierra:

Hombre que aras la tierra
tan de mañana,
tus bueyes vienen jalando
la proa del alba.
De tus manos potentes y rojas
caen los limpios granos;
y se humedecen con el rocío
y tu sudor sagrado.
De la garganta de los pájaros
sacas tu música libre,

y te la bebes tan pura como agua
que en jícaras vivas bebiste.
En cada surco nuevo
siembras la esperanza.
Tú fe está en la lluvia.
Lo demás, lo cantas.
[...]

("Motivos", 1924)

Más que prolífica, la poesía pelliceriana deja ver, en buena parte, un claro acento religioso; la inmensa fe del poeta; devoción, piedad e iconografía revelan la certeza de toda su vida: el catolicismo es una práctica que rige su visión del mundo:

Cuando a tu mesa voy y de rodillas
recibo el mismo pan que Tú partiste
tan luminosamente, un algo triste
suena en mi corazón mientras Tú
[brillas.

Y me doy a pensar en las orillas
del lago y en las cosas que dijiste...
¡Cómo el alma es tan dura que resiste
tu invitación al mar que andando
[humillas!

[...]

("Sonetos de esperanza", 1956)

Las múltiples voces pellicerianas registran el fecundo conocimiento de un tiempo y un hombre; cada texto deja la certeza del arraigo: al amor, a la fe, a la vida; los poemas de Pellicer tienen rostro y tienen nombre. Anclado en su propia historia, Carlos Pellicer ofrece la biografía de una época, de una forma de vida, de una mirada renovada que apostó, una vez más, a la palabra. A partir de ahora, exige su estudio.

Objeto de homenajes y reconocimientos, este poeta se instala en el escenario; hagamos votos para que, en nuestro tiempo de urgencias, planes de renovación educativa y revisiones literarias, la poesía y su lectura gocen de lugar privilegiado en los quehaceres de cada día.Δ